

El problema del “Asunto” en la pintura de Raquel Forner*

Cayetano Córdova Iturburu

La pintura actual de Raquel Forner, su recia y conmovedora pintura actual, plantea a quien la considera –de modo ineludible– el debatido problema del asunto, del tema. Cuando Raquel Forner irrumpió en nuestra vida artística, –expuso sus primeras obras en 1929– un módulo dominaba a la gente joven: el desdén de la anécdota, del tema. Su repudio, mejor dicho. No hay que censurar ese criterio. Era una reacción, explicable y justificada, contra los excesos de la pintura de género. De aquella pintura que aspiraba a conmover por caminos ajenos a la pintura misma. La voz de orden era “¡nada de literatura!”. Se calumniaba a la literatura, desde luego. Pero los artistas se entendían. Era necesario volver a lo plástico. Era necesario reencontrar el camino de los valores eternos de las artes plásticas perdido bajo la maraña de la trivialidad discursiva. El impresionismo, con su preocupación del problema plástico y cromático de las cosas en el ámbito de la luz, había dado la primera batalla. La primera batalla victoriosa. El cubismo –la pintura descarnada, ascética, reducida a la desnudez insobornable– significó la culminación de la ofensiva. Sobre las ruinas de una pintura caduca el cubismo levantó sus firmes estructuras y abrió respirables perspectivas. Un mundo falso y artificioso había sido derribado. El arte joven tenía en las manos, otra vez, una herramienta limpia y eficaz para acometer nuevas empresas.

Pero Raquel Forner no estudió y vivió, sólo, en nuestro país. Empujada por la pasión de su arte viajó por el viejo continente, estuvo en los talleres de los nuevos maestros y en sus exposiciones, siguió de cerca la febril actividad desarrollada en esos laboratorios de arte moderno no como apacible espectadora sino como participante apasionada. Sus primeros cuadros –los primeros que se expusieron en nuestro país– importan una adhesión casi polémica a los principios de lo que podríamos llamar la “pintura pura”. Desde entonces, hasta hace aproximadamente cuatro o cinco años, sus grandes figuras, sus hermosas composiciones, no aspiran sino a resolver problemas de color y de forma debajo de los cuales, claro está, puede advertirse, siempre, la presencia de un armonioso sentimiento poético. Su paleta logra, en esa época, claridades y transparencias alegres, felices, melódicas.

Pero la marea de los acontecimientos que desgarran y sacuden al mundo empieza, por ese tiempo, a subir hasta los más altos niveles. Es el instante en que un pueblo –el español– es cercado, bloqueado y aplastado por una conjuración internacional de fuerzas activas y pasivas enemigas de la dignidad y la felicidad de la especie. La bomba y la granada revientan con estrépito en el corazón

* Cayetano Córdova Iturburu (1942). “El problema del ‘Asunto’ en la pintura de Raquel Forner”. En *Revista Ars. Todas las artes*, Buenos Aires, mayo, año II, n° 15, pp. 15-18.

de las ciudades de arte, arrasan las aldeas inocentes, desvanecen la apacible serenidad de los campos, ensombrecen la tierra con la sangre de las mujeres y los niños. El tremendo acontecimiento llega, claro está, en las mejores sensibilidades, aprieta su desesperada angustia en los mejores corazones. El viento de pólvora que sube desde los campos de batalla y el clamor ardiente que se levanta desde el bosque de puños indignados de un pueblo torvamente agredido, se alzan hasta las torres hasta ese instante impasibles. El arte toma la palabra y terea en la contienda. Y mientras Pablo Picasso, en París, levanta su voz enronquecida de lágrimas en su monumental “Destrucción de Guernica”, en nuestro país, en Buenos Aires, en los apacibles salones de la Galería Müller, una mujer –Raquel Forner– formula, en una serie de óleos y dibujos, el más tremendo y sombríamente hermoso alegato, humano y artístico, que se haya dirigido entre nosotros contra la injusticia transitoriamente triunfante.

La exposición de pinturas y dibujos realizada por Raquel Forner en setiembre de 1939 –seis meses después de terminada la contienda española– no puede dejar de ser considerada un acontecimiento de importancia en la historia de estos últimos tiempos de nuestras artes plásticas. Era una artista auténtica, de valor indudable, la que afirmaba con la palabra categórica de su obra una verdad de sugestivas consecuencias. El arte puede tener un contenido deliberado. El arte puede ser, sin desmedro de su valor intrínseco como tal, el idioma de un pensamiento o una emoción extra-artística, de una emoción o un pensamiento simplemente humano.

No era la primera vez –en rigor de verdad– que se decía tal cosa en nuestro país. Ahí están los grabados de Víctor Rebuffo, de Pompeyo Auduvert, de Giambiaggi, de Facio Hebéquer, de Juan Carlos Castagnino; las monocepias de Spilimbergo y Urrucua y la pintura de Berni, de Badi, de Gómez Cornet y de algún otro, cuyo nombre escapa a mi memoria en este momento, para afirmar el principio de la posibilidad de un arte rico de contenido trascendente. Un claro pensamiento político-social o una emoción de intenso significado humano constituye el corazón de esas obras.

Raquel Forner reafirmó, con su exposición, ese principio. Lo confirmó. La pintura pura, el arte puro, habían tenido –como me declaró en un reportaje– su razón ineludible de ser. Pero el asunto –la anécdota, como suelen decir con mayor frecuencia los artistas– había ahogado a lo plástico. La pintura se recuperó en el impresionismo y el cubismo. Podía, otra vez, empezar a ser un lenguaje.

–Lo literario, lo anecdótico –me declaró en ese reportaje refiriéndose a este problema– estaba en el primer plano. En el segundo plano, o en ninguna parte, estaba lo plástico. Se reaccionó contra eso. Como reaccionó La Corbusier, el arquitecto, contra la ornamentación excesiva. Desnudemos las paredes, dijo. Pero luego, lograda la desnudez, proclamó la necesidad de la “Santa Alianza de las Artes”. Las paredes desnudas estaban en condiciones de recibir con dignidad la

colaboración de la pintura y de la escultura. Pero de la pintura y de la escultura verdaderas. El impresionismo, el cubismo, el surrealismo, han cumplido su misión higiénica. Han devuelto la pintura a lo plástico. Podemos, otra vez, intentar con la pintura la expresión de los sentimientos, los sueños y las ideas que nos preocupan. Pero sin descuidar, desde luego, los valores plásticos, sin desdeñar esa recuperación o vuelta a lo plástico lograda por el arte moderno”.

La pintura, para Raquel Forner, es un lenguaje. El modo de exteriorización del mundo de sus sentimientos y sus sueños. El dolor de los pueblos agredidos, atropellados y pisoteados –el de España en primer término– despertó su sentimiento de indignación, de protesta y de solidaridad. Su exposición de 1939 es la materialización artística de ese sentimiento. ¿Cómo lo expresa, cómo lo revela?

Si Raquel Forner hubiera limitado sus modos de expresión a los que proporciona una concepción rigurosamente realista del arte, es probable que no hubiera logrado la dramática elocuencia alcanzada. El clima de la guerra, de las ciudades, de los campos y de los seres despedazados por el hierro y el fuego, no puede expresarse con el instrumental de un naturalismo corriente. Esa realidad dislocada bajo el estrépito desgarrador de las granadas está más cerca del sueño angustioso, de la pesadilla, que de la cotidianidad más o menos plácida. Raquel Forner ha utilizado, para expresar esa irreal realidad poética, ese arsenal de recursos con que ciertas escuelas de arte nuevo revelan el mundo de los sueños. En las rodillas de una madre verdadera yace el cadáver de un niño mutilado. Pero ese niño no es un niño sino un muñeco. Una fría luz, extraterrestre, espectral, ilumina un paisaje verdadero. Los cielos suelen ser de un agrio color dramático inencontrable. La Victoria es un doloroso yeso –más sufriente aún que un ser humano– desgarrado, ajusticiado, agujereado por las balas sobre un fondo de cielo de cataclismo y ejecuciones dispersas. La enrarecida atmósfera metafísica de Chirico y de Carrá, los símbolos dramáticos de los surrealistas como Dalí, Miró y Masson y la elocuencia exasperada de los expresionistas alemanes, el arte nuevo, en una palabra, han proporcionado sugerencias y enriquecido el idioma plástico de Raquel Forner.

En su obra –he dicho en otra oportunidad– tan atenta a lo artístico como a lo humano de nuestro tiempo, la valiosa técnica de un mundo que se derrumba ha sido puesta, en su testimonio conmovedor, al servicio de un mundo que amanece. Es un primer paso, decidido, en el camino del arte que soñamos.